



José María Yturralde, ayer, entre dos de los cuadros de su nueva exposición en La Nave. / BENITO PAJARES

SALVA TORRES
 VALENCIA. —Hacia «ya» seis años que no exponía en Valencia. Por eso la muestra que mañana inaugura en la galería La Nave expresa, para José María Yturralde (Cuenca, 1942), «la alegría de vivir» contenida en sus últimos cuadros. Encantado de poder hacerlo «en una sala como ésta», hablar de emoción contenida en su obra es hablar mal, por cuanto la emoción en sus cuadros desborda los límites de la materia mediante la que Yturralde se expresa. Los colores que le sirven para manifestar esa pasión por cuanto le rodea «tienden a expandirse o concentrarse, a pesar de los límites que las aristas del cuadro imponen», indica el artista conquense afincado en Valencia.

Una veintena larga de piezas, «aparentemente repetitiva» dada la «idea serial implícita en la obra» que presenta, da pie a manifestar lo que Yturralde cataloga como «una constante en mí: la reflexión sobre el espacio y el tiempo». Una reflexión que el artista valenciano traslada a la pintura como «forma de conocimiento». Nada que ver con la información como depósito de lugares comunes. El conoci-

Los colores preñados de luz de Yturralde

El artista exhibe en la galería La Nave su obra más reciente plena de «alegría de vivir»

miento al que se refiere Yturralde tiene más que ver con el vacío, «pero cargado de potencia», que él circunscribe en el arte zen oriental o en la teoría de las cuerdas de Occidente.

«Intento generar una pintura profunda, luminosa y compacta, de una fuerza poética cercana a la contención de lo minimal, a los haiku japoneses», dice. Uno de sus «referentes máximos» lo sitúa de hecho en «un jardín zen japonés, tanto o más que en Velázquez». Y si esto es así se debe precisamente a esa idea de vacío que impregna su obra. «En Oriente, el vacío es el origen de la vida». Y en ese vacío

fecundo se origina la gama de colores que Yturralde exhibe en La Nave, como síntesis de sus diez últimos años de trabajo «centrados en depurar o desarrollar una cierta reflexión ajustada a los conceptos del espacio y el tiempo», explica.

Rojos, magentas, azules, verdes, anaranjados, y en formatos pequeños o grandes, los cuadros de Yturralde no sólo destilan esa «emoción pictórica» a la que alude el artista, sino que parecen preñados de una luz que parece salir al encuentro del espectador. «La luz me interesa mucho», dice; «a través de ella trato de entender los límites, de dónde veni-

mos, y la forma de energía que nos envuelve». «El comienzo de todo me impresiona», añade: «La verdad es que esto es muy impresionable».

La obra reciente que expone en La Nave («aquí está lo último, lo de ahora mismo») muestra, mediante esa serie de colores radiantes, «la metáfora de la materia pulsante en los procesos casi perpetuos de una espiral infinita». «Al modo como la vida se impone a la entropía», subraya. Esa especie de «experiencia trascendente» que logra Yturralde a base de hurgar en la geometría del cuadro, «la única inmediatamente perceptible», señala, se debe más a la «pintura muy inmediata, muy minimal» que el artista valenciano lleva desarrollando desde hace años, que a cierta metafísica intangible.

Porque si bien los colores de Yturralde no pueden tocarse, lo cierto es que el chorro luminoso que expanden, arrastra al espectador a ese «fluir o discurrir» en el que el pintor se sumerge como extensión de la naturaleza que aborda en su obra. Todos esos misterios y sus correspondientes ventanas de color permanecerán expuestas en La Nave hasta el 20 de julio.

Torres, Salva. «Los colores preñados de luz de Yturralde.» June 2007.